

Cuando la lluvia llega  
P. Fernando Pascual  
31-10-2010

Tras la sequía llega, por fin, el agua. Viene casi a oleadas, en momentos que nadie espera pero que todos desean.

Las primeras gotas caen sobre un suelo reseco. La hierba, amarilla de esperanzas y frustraciones, empieza a doblarse y bailar ante la fuerza creciente de la lluvia.

La naturaleza entera, con un traqueteo a veces continuo, otras veces irregular, levanta un canto agradecido. Sí: pronto la savia subirá fresca hasta los últimos extremos de los árboles. El verde asomará, nuevamente, entre las ramas ahora vestidas de color cobrizo.

El campesino escucha, con un gozo intenso, el ruido del agua que corre entre los surcos que ya han recibido la semilla. También este año habrá cosecha.

La lluvia, si llega tras un largo tiempo de ausencia, suena mucho más alegre, más hermosa. El cielo encapotado y las cortinas de agua acariciadas por el viento dan un toque mágico a los bosques y los prados, a las colinas y a los llanos.

Llega la lluvia. Nuevamente. Quizá, al final, un arcoiris culmine el espectáculo del agua que baja del cielo.

Será entonces el momento para contemplar admirados nubes que juegan con rayos húmedos de un sol tibio, y para alabar a Dios, que es bueno, que hace llover sobre sus hijos, que nos alegra, nuevamente, con el abrazo refrescante de su Providencia y de su Amor eterno.